



www.loqueleo.com/ec

© 2026, Edna Iturralde
© De esta edición:
2026, Santillana S. A.
Vía a Nayón y De Los Granados
Centro Corporativo Ekopark. Torre 5, piso 5
Teléfono: 2 3350 356
Quito, Ecuador

Parque Empresarial Colón
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-50-193-6
Impreso en Ecuador por

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Enero 2026

Dirección editorial: María Soledad Jarrín
Edición: Andrea Carrillo Andrade
Ilustración: Lu Andrade
Corrección de estilo: Mauricio Montenegro
Diagramación: Kaloyan Amores
Cuaderno de actividades: Iris Betty

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Los Señores de los Sueños

Edna Iturralde



loqueleo

*Los tsáchila, también llamados Colorados,
son un pueblo indígena que habita en la
provincia de Santo Domingo en Ecuador.
Su idioma es el tsáfiqui.*

*Este libro es una ficción alrededor de las
costumbres reales de este pueblo indígena.*

Índice

Nákela	11
El lugar elegido	19
Los Señores de los Sueños	23
El extraño árbol	31
Mico Cantó, el mono de dos caras	37
Visitas inesperadas	41
Un mal anuncio	49
Nueva aventura	55
Las tres piedras.....	61
Las semillas prodigiosas	69
Otra aventura	75
El Pájaro Tzococó	81
Se mezcla el achiote	87
Los tzucucos	93
La tinta del <i>mali</i>	99
Un feliz final	105
Biografía	109
Cuaderno de actividades	111

Capítulo uno

Nákela

Nákela escuchó cómo el silencio de la selva se rompía por los gritos de los monos que se iban a dormir. Una media luna tímida apenas alumbraba el firmamento y las estrellas empezaban a salir cuando el viento espantó a las nubes. Los sapos saludaron a la noche con un croar romántico para llamar a las hembras y las cigalas emitieron su zumbido sombrío; aquel sonido que los espíritus de la selva dedican a quienes se han marchado para siempre al Mundo de los Sueños. Parecía que se acercaban a un lugar especial. 11

Un grupo de tsáchila —‘la verdadera gente’— navegaba en tres canoas grandes, en busca de un nuevo lugar donde vivir. Huían de la pequeña isla en la que habían habitado durante años.

Allí, el brujo Melé Zaíno, por su deseo de dominar a la gente, había causado una extraña enfermedad que producía fiebre muy alta y granos que luego se convertían en burbujas.

12 El resto de los tsáchila esperarían a que alguno de los grupos volviera a recogerlo cuando, más allá de sus costas, encontrara el lugar apropiado, lejos del brujo.

Una vez que las canoas cruzaron el mar, tras algunas semanas, llegaron a tierra firme. Desde allí, subieron por los ríos, buscando las zonas verdes y brillantes que su chamán —o *poné* en lengua tsáchila— Olinsto Tucán había visto mientras dormía, guiado por los espíritus de su gente, los Señores de los Sueños: Parinqui Águila y Tsaquela Jaguar, quienes anunciaron que si surcaban la gran cocha encontrarían, al otro lado, un nuevo lugar para vivir.

Nákela era un niño de once años, de rostro redondo y agradable, que viajaba como ayudante del *poné*. Al haber quedado huérfano desde muy pequeño, el chamán lo había adoptado con la idea de que fuera su sucesor.

El día amaneció gris y lluvioso. Las nubes parecían empeñadas en tapar el Sol. El grupo continuó navegando en busca del lugar que el *poné* había visto en sueños. Olinsto Tucán se hallaba de pie en la canoa, escrutando entre la niebla y el aguacero. Era un hombre delgado pero musculoso, de nariz ganchuda, ojos negros y penetrantes. De pronto, el viento se alzó y algunos relámpagos iluminaron el paisaje. Nákela pudo ver que la vegetación cambiaba a una más tupida, con árboles de troncos gruesos y coronas que parecían tocar el firmamento.

13

De pronto, uno de los rayos derribó un árbol, que se balanceó antes de caer al río.

—¡Cuidado! —advirtió el *poné*, y el grupo remó con todas sus fuerzas hacia un lado para no chocar contra el árbol.

El paso quedó bloqueado. Entonces, el chamán pidió que remaran hasta la orilla. Allí, aún en medio de rayos, truenos y una lluvia torrencial, hombres y mujeres saltaron a tierra y sacaron sus machetes para cortar las ramas que les impedían continuar.

Nákela, decidido, hizo lo mismo y empezó a ayudar con su machete. La lluvia se había calmado y una espesa niebla continuó rodeando el lugar. Fue en ese momento que el niño escuchó una voz chillona que lo llamaba:

—Nákela, Nákela, ¡ten cuidado, no me hagas daño!

14 El niño miró a su alrededor. Los hombres estaban ocupados en cortar las ramas. Él bajó su machete con curiosidad.

La voz se dejó oír una vez más.

—Pequeño, no me temas. Agáchate, extiende tu brazo para enrollarme.

Nákela, sorprendido por aquella extraña voz, hizo lo que le pedía y una pequeña culebra marrón con manchas negras, una pini, se enroscó en su brazo.

—¡Eh! ¿Eres tú quien habla? —preguntó extrañado Nákela, mientras trataba de mantener su brazo lo más alejado posible del resto de su cuerpo.

—Pues claro. No te sorprendas —contestó la culebra.

—Es que... yo nunca he hablado con una serpiente —balbuceó Nákela, sin atreverse a acercarse su rostro a la cabeza de la culebra. A fin de cuentas, cada vez que esta hablaba, sacudía su lengua partida con gran energía.

El animal emitió lo que sonó como una risita y continuó diciendo:

—Yo soy Pini Culebra, el espíritu que une las cosas de la Tierra con las de los Sueños. Me envían los Señores de los Sueños: Parinqui Águila y Tsaquela Jaguar.

—¿Entonces...? ¿Es que estoy soñando? ¿Es esa la razón para que hables y yo te entienda? —inquirió el niño, frunciendo el entrecejo—. Y... ¿por qué hablas conmigo y no con nuestro *poné*?

—Ya he hablado con él en sus sueños. Pero... los espíritus te han escogido para cumplir varias misiones... junto conmigo —concluyó la culebra misteriosamente.

Nákela se quedó sorprendido.

Pini Culebra, aún enroscada en su brazo, no dijo ni una palabra más. El niño olvidó por

un momento dónde se hallaba y recordó que hacía un año había comenzado su entrenamiento para ser un ayudante de *poné*. Quizás aquello le permitía dialogar con ella... y hasta tener quién sabe qué aventuras.

—¡Nákela! ¿Dónde estás? —irrumpió la voz del *poné* Olinsto Tucán, en medio de la niebla.

16

El niño respondió con un silbido largo y otro corto. Era la señal con la que se comunicaban para que el chamán supiera que se encontraba bien. Luego volvió su atención a la culebra, pero esta desapareció tan rápido que, por unos segundos, Nákela se preguntó si la había soñado.

Sacudió la cabeza.

No, no había sido un sueño. Estaba seguro de haberla visto y haber hablado con ella.

Mientras tanto, los hombres continuaban cortando y resoplando sin lograr quitar de en medio aquella enorme copa del árbol que seguía impidiéndoles continuar. Así pasó todo el día.

Al anoecer, Olinsto Tucán ordenó que se detuvieran. Dormirían en sus canoas y al día siguiente verían qué hacer.



Capítulo dos

El lugar elegido

Amaneció soleado. La vegetación bañada por la lluvia se veía más verde y la ligera niebla que la rodeaba la hacía aparecer como si estuviera cubierta por encaje. 19

Nákela despertó, se frotó los ojos y recordó. ¡En realidad había hablado con Pini Culebra! Pero estaba sorprendido; había esperado ir al Mundo de los Sueños y no lo había hecho. Fue en busca del *poné*, no sin antes mirar a su alrededor, por si se aparecía la culebra.

Una bandada de tucanes pasó volando sobre su cabeza. Al verlos, el chamán, que ya estaba a su lado, sonrió. La presencia de aquellos pájaros predecía buenos acontecimientos.

En aquel momento, Olinsto Tucán se dirigió a todos con fuerte voz.

—Este árbol nos impide continuar a través del río. Anoche soñé que hay una razón: el lugar que los Señores de los Sueños, Parinqui Águila y Tsaquela Jaguar, escogieron para nosotros está cerca y debemos continuar a pie. Se encuentra en medio de un claro del bosque y desde allí se divisan unas colinas.

20 Entonces, dejaron las canoas amarradas en las ramas del árbol caído, recogieron sus pertenencias y emprendieron la marcha hacia el interior de la selva. Utilizaron sus machetes para abrirse paso a través de la densa vegetación. Mientras lo hacían, los sonidos que escuchaban los maravillaron: los insectos zumbaban animosos, los pájaros cantaban, los monos saltaban por las ramas y parecía que las plantas cantaban. De alguna manera, todo sonaba a bienvenida. Contentos, marchaban en fila con el *poné* delante, seguido por Nákela.

A lo lejos se divisaban unas colinas que sobresalían entre la selva. Al ver el horizonte, Olinsto Tucán exclamó con voz ronca por la emoción:

—¡Este es el lugar donde nos quedaremos a vivir! Aquí construiremos nuestro nuevo poblado y podremos ir a traer a los demás que quedaron en la isla.

A continuación, dio órdenes para que empezaran a construir la primera casa, que sería la suya, la más importante, puesto que allí llevarían a cabo las ceremonias con las que se comunicarían con los espíritus de la naturaleza.

21

